

El último Cambó, 1936-1947

BORJA DE RIQUER

Grijalbo, Colección Hojas Nuevas, Barcelona, 1997 336 págs.

Cenizas con sentido

Aleix Vidal-Quadras

1 noviembre, 1997

«En les esquerres predominen els canalles, però és indubtable que en les dretes predominen els imbècils.» (Francesc Cambó, Meditacions)

Pocos y privilegiados personajes de la Historia nos dejan su recuerdo transformado en leyenda. Francesc Cambó es una de esas figuras gigantescas, admiradas hasta el delirio o denostadas hasta la aversión, amadas más allá de la medida u odiadas más acá de la razón, creador de un lenguaje, un estilo y un cuerpo doctrinal inéditos en la política española de su tiempo, forjador de unas expectativas que, al ser tan grandes, iluminaron con una luz especialmente trágica su fracaso.

Al igual que les sucedía a sus contemporáneos, nadie que se acerque hoy a la vida, a la obra y al mito cambonianos puede quedar indiferente, y el que, tras conocerla, no se sienta conmovido y arrastrado por la caudalosa corriente de su biografía reúne presumiblemente todas las condiciones para ejercer la profesión de la política entendida como el bailoteo a los sonos de la coyuntura. Cambó fue exactamente lo contrario y cada uno de sus discursos, de sus libros, de sus gestos, de sus victorias, de sus derrotas, de sus aciertos, de sus errores, de sus días de gloria o de desfallecimiento, revelan al espíritu superior que no está dispuesto en ningún momento a sacrificar su ambición intelectual, moral

y estética a las servidumbres de la conveniencia episódica o del interés alicorto. Se puede o no coincidir con sus planteamientos y sus decisiones, pero resulta imposible no percibir su altura fuera de lo común.

El detallado y completo estudio de Borja de Riquer sobre los años finales de su vida, desde el estallido de la Guerra Civil hasta su muerte en Buenos Aires en abril de 1947, constituye una aportación muy valiosa a la por desgracia no demasiado extensa bibliografía sobre el que sin duda fuera el protagonista más destacado de la escena política catalana, y en buena medida entre los más señeros de la española, durante el primer cuarto de este siglo.

El principal activo de esta investigación histórica, tal como su propio autor señala atinadamente, es que ofrece información relevante acerca de una etapa de la vida de Cambó sobre la que hasta ahora se disponía de muy poca. Así, las conocidas obras de Pabón, de García Venero, de Pla o de Buqueras se concentran en los períodos de plenitud, en los que Cambó ocupaba el primer plano del panorama público catalán y español, es decir, desde el inicio del presente siglo hasta la dictadura de Primo de Rivera. Sus memorias terminan en 1936 y su *Dietari*, que sí llega hasta poco antes de su fallecimiento, resulta, a los efectos de elaborar un cuadro consistente de la última década de su existencia, excesivamente disperso, irregular y fragmentario. De ahí el mérito y la relevancia del libro de Borja de Riquer, fruto de un examen meticuloso y exhaustivo de numerosas fuentes, algunas de ellas inéditas, entre las que destaca la documentación privada del que fuera estrechísimo colaborador de Cambó a lo largo de sus años postreros, el proteico y chispeante Joan Estelrich. Sin embargo, *El último Cambó* presenta dos características que, si bien no pueden ser calificadas de defectos, no dejan de producir en el lector, sobre todo si está aquejado de «cambomanía», una cierta insatisfacción.

La primera radica en el hecho de que el libro de Riquer nos habla muy poco del propio Cambó, de su vida, de sus viajes, de sus sentimientos, deseos, dudas, decepciones, nostalgias y esperanzas en su trayectoria crepuscular. La película que dotada de excelente ritmo, sólido argumento y bien trabada estructura, se desarrolla ante nuestros ojos es más un reportaje analítico sobre una época y un tema determinados de la vida española, a saber, el conflicto civil y sus inmediatas secuelas sobre la burguesía conservadora catalana, que una biografía en sentido estricto. Vemos paisajes, actores, textos, movimientos de masas, se nos invita a cuidadosa y rigurosa reflexión en torno a los acontecimientos que se relatan, pero la estrella principal apenas ocupa la pantalla, es más un pretexto o una presencia tácita que un rostro, un pensamiento y una acción destacados y explícitos. Parece como si el historiador, en su afán de conservar la objetividad y ecuanimidad, hiciese un esfuerzo deliberado para no abandonarse al atractivo y a la fascinación magnética que irremediamente genera la personalidad de Cambó, y que esta preocupación, legítima por otra parte, le obligase a un alejamiento excesivo de su biografiado que lo desdibuja y lo diluye, impregnando las páginas de *El último Cambó* de una cierta frialdad.

La segunda, a la que la primera no es del todo ajena, dimana de la perspectiva desde la cual Riquer enfoca deliberadamente su trabajo, y que es inequívocamente una perspectiva de izquierdas. Por supuesto, todos nos situamos sin remedio en un sistema de referencia para describir el mundo y sin este requisito previo seríamos incapaces de formular nuestros juicios e impresiones. Sin embargo, cuando el historiador vigila estrechamente sus emociones para no ser tragado por el vórtice de un

fenómeno tan abrumadoramente intenso como el que refleja la mirada de Cambó, ha de poner un cuidado similar en flexibilizar sus propias coordenadas sentimentales e ideológicas en aras del equilibrio que exige su noble oficio. Afirmar taxativamente que fue el alzamiento militar el que provocó la ruptura de la sociedad catalana en julio de 1936, adheriéndose a la tópica teoría del «oasis catalán», no resulta demasiado neutral. La sociedad catalana llevaba rota varias décadas y la convulsión de la Semana Trágica o la violencia sindical desatada a partir de 1917 fueron siniestros precedentes de la barbarie que se desbordó a partir de la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, y que el Gobierno de Companys no quiso o no pudo atajar. La calificación de «desastre electoral» para un resultado del 42 por 100 de los votos, que es el porcentaje que obtuvo el *Front d'Ordre* en aquellas elecciones, no indica precisamente la ausencia de sesgo descriptivo. Ese es el nivel de sufragio que obtiene hoy la coalición gobernante en Cataluña en los comicios autonómicos, coalición que consigue el triunfo porque las izquierdas, a diferencia de lo que sucedió en febrero de 1936, no están agrupadas en una única cohorte monolítica y además están acogotados por un acomplejamiento servil ante el nacionalismo pujolista que les priva de auténtica voluntad de ganar.

El deslizamiento de un amago exculpatorio de las matanzas de sacerdotes y religiosos, aclarando que «durante los años treinta existía todavía en el clero catalán una presencia importante de gentes de posiciones ultraconservadoras y antidemocráticas», resulta cuando menos inquietante. Los verdaderos demócratas no suelen asesinar a los que no lo son, incluso cuando los reaccionarios presentan el agravante de vestir sotana. El alejamiento de la objetividad en aras de la querencia ideológica culmina al referirse al horror de los exilados ante las noticias que les llegaban del vandalismo sangriento que asolaba Cataluña como «la "sensación" de que imperaban el salvajismo y el terror más desatados» a partir de «noticias y rumores, fragmentarios y a menudo exagerados, e incluso erróneos». Dado que previamente el autor nos suministra el dato de 2.500 asesinatos de sacerdotes y miembros de órdenes religiosas en Cataluña entre 1936 y 1939, parece que la «sensación» de que existía un cierto peligro bajo la autoridad impecablemente democrática de la Generalitat estaba bastante justificada. La afirmación de que la democracia «no aparecía como un bien absoluto» para los conservadores catalanes agrupados en la Lliga debería ser completada con la evidencia de que al lado de la sensibilidad democrática de la CNT y la FAI, que se enseñoreaban de ciudades, pueblos y carreteras de Cataluña sembrando la destrucción y la muerte, Cambó y sus correligionarios podían aparecer como defensores a ultranza del respeto a la voluntad popular. Cuando se contrasta el trato recibido por los militantes y simpatizantes de la Lliga en la zona dominada por Franco con el aplicado en la situada bajo la obediencia a la República explicando que «los catalanistas conservadores eran perseguidos en la zona republicana, mientras que en la nacional eran recibidos con notable hostilidad», la cosas se colocan definitivamente en su sitio. Entre ser saludado fríamente y obligado a guardar antesala durante un par de horas o ser sacado de la cama a medianoche para acabar en una cuneta con el cráneo destrozado por una bala, se entiende sin demasiado esfuerzo la elección de muchos burgueses catalanes, e incluso se entiende que para ellos la democracia –aquella democracia de saqueos, incendios y puños en alto– se configurase como un bien algo relativo. La vida a cambio de soportar un poco de mala educación no parece un mal trato.

Un aspecto particularmente conmovedor de la actuación de Cambó durante la Guerra Civil, que nos permite imaginar la magnitud de su sufrimiento, es la aparente sumisión de sus manifestaciones públicas a la ortodoxia franquista, rozando en ocasiones la adulación rastrera y reforzada por la

ingente ayuda económica que prestó durante todo el conflicto a la causa autodenominada --para desgracia de España, como ha apuntado inteligentemente José María Marco- «nacional». La comprobación de cuál era su auténtico pensamiento, reflejado en sus cartas privadas y en las páginas celosamente personales de su *Dietari*, nos indica que Cambó no había alterado en absoluto sus convicciones profundas, y que en ningún momento dejó de creer en una Cataluña autogobernada, plenamente ejerciente de su personalidad histórica, pero inserta en un ambicioso proyecto global español, del que estaba llamada a ser la impulsora y la protagonista. La necesidad de plegarse a una concepción de España que le repugnaba vivamente con el único fin de garantizar lo que él entendía con limpia lealtad como la única posibilidad de supervivencia, no ya espiritual sino física, de Cataluña, aumenta nuestra admiración por el extraordinario calibre de un alma tan selecta como noble. Durante los largos años de alejamiento de la patria, Cambó no dejó de soñar con «*un nou renaixement català*» del que era consciente que significaría «*una llarga i penosa tasca*».

En el terreno de la elaboración ideológica llevada a cabo por Cambó y sus colaboradores bajo la influencia perturbadora de la guerra, aparece un elemento nuevo respecto del pensamiento característico de la Lliga y del catalanismo conservador en general que revela hasta qué punto el trauma de la contienda civil y su cruel inclemencia fue profundo en las mentes de unos hombres que creían sinceramente en la articulación de una sociedad altamente civilizada, moderna, innovadora y europea. Este cambio de enfoque, que Riquer pone al descubierto magistralmente, consistió en el abandono del liberalismo alumbrado en 1812 e inspirador de la Restauración canovista para buscar refugio en las esencias tradicionales de la Historia de España, como si, incapaces de soportar la irracionalidad vesánica del enfrentamiento entre españoles que estaba destruyendo todo aquello en lo que siempre habían creído, retrocediesen en el tiempo huyendo de una irracionalidad que no podían soportar para caer en otra por lo lejana más consoladora. Así, el encargo de Cambó a Raimon d'Abadal del libro *Tradición y Revolución*, que jamás vio la luz, o su entusiasmo por la obra de Menéndez Pelayo entendida como la recuperación de una «*cultura genuinament espanyola*», son buenas muestras de esta involución defensiva.

Los dirigentes de la Lliga vivieron una tragedia de desenlace irremediabilmente triste. Aprisionados entre su necesidad de salvaguardar su vida, lo que implicaba el exilio o el paso a la zona franquista además del apoyo material y moral al bando rebelde, y su acendrado catalanismo, que llevaba aneja una concepción de España incompatible con el feroz unitarismo del Movimiento, quedaron en tierra de nadie, y su travesía del desierto no pudo tener otro término que su desaparición colectiva de la escena pública, si bien individualmente sus trayectorias particulares continuaron su avatar con desigual fortuna.

Cuando Cambó falleció en Argentina un 30 de abril hace medio siglo, desapareció físicamente porque política y anímicamente estaba muerto desde que en octubre de 1936 encabezara en Trieste las firmas del manifiesto de adhesión a los militares alzados en armas contra la República.

Borja de Riquer ha puesto como subtítulo a *El último Cambó* un lema sugerente, pero injusto. En la década postrera de su vida, Cambó no experimentó ni cedió a ninguna tentación, y mucho menos a una tentación autoritaria. Para ser tentado hay que disponer de un futuro en el que disfrutar del objeto tentador y Cambó había perdido todas sus ilusiones. Mecido por la amargura y la nostalgia, su pasado era su única gloria, aunque, como en el celeberrimo verso de Quevedo, las cenizas de su

quehacer infatigable rebosarán siempre de sentido, un sentido que él quiso, tozuda y desesperadamente, a la vez catalán y español.